



## EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

## SUMARIO

## CARAS BONITAS

- VICENTE VEGA  
Sección vermouth.
- LUIS SANZ FERRER  
Cantares baturros.
- ADOLFO LLUCH  
Entre dos honores.
- GABRIEL MONREAL  
La que tuvo miedo de ser buena.
- F. VILLEGAS ESTRADA  
La espada.
- FERNANDO G. RUIZ  
Panorama madrileño.
- JESÚS BANZO BLASCO  
Silueta impúdica.
- D. GUANSÉ [SALESAS  
Pasó Carnaval.
- LEOPOLDO CASTROJERIZ  
Cuareésma.
- F. IGLESIAS FIGUEROA  
El pasado.
- TOVAR, CARLOS, TINO, NAO  
y M. GARRIDO  
Varios dibujos y retrato  
de Elvira Cortés.



ELVIRA CORTÉS

gran canzonetista y monumental belleza enemiga de los neurasténicos, los melancólicos y los niños góticos. Nos gusta más

Biblioteca Regional de Madrid.

que Melquíades Álvarez: palabra

**5** céntimos



## La danza de Momo

¡Oh, jóvenes que vais bailando...

*Entre pingüinos:*

—¡Está todo á punto?

—Todo. Ya tenemos palco y, en él, seis botellas de «Champagne» y los correspondientes comestibles.

—¡Y ellas?

—No faltará una. Vienen Carmen, Lola, Luisa, Carolina..., toda la «crème».

—¡Pobres muchachas!... Me admira la buena fe con que acuden al baile, como si fuesen á encontrar en él una fortuna.

—¡Quién sabe! Tal vez encuentren... algo que las guste.

## CHISMES DEL HOGAR



Elle:—La toalla!

El:—¡Pero si no te la he pedido para mí!

—¡Anda de ahí, Tenorio!

—¡Adiós, tú, Mejía!



*Entre... ellas:*

—Oye: ¿nos conocerán?

—¡Ca!... A no ser que les enseñemos... la cédula. Son más tontos que mandados hacer de encargo.

—¡Es verdad! ¡Mira el gasto que han hecho para obsequiarnos!... Un palco, botellas de Champán, embutidos..., ¡qué sé yo!

—¡Pobrecillos! Y, seguramente, todo eso será á costa del estanco. ¡El tiempo que se habrán pasado sin fumar pensando en la noche de hoy!

—Y lo menos que se imaginan es que, gracias á esas botellas...

—¡Figúrate! ¡Qué inocencia! ¡Como si viniésemos del pueblo!



*Dos que bailan:*

—¡Estás encantadora!

—¡«Exagerao»!... Mira que las apariencias engañan.

—Ahora no hay cuidado. Toda tu persona me enloquece; el dulce timbre de tu voz, las voluptuosas curvas de tu cuerpo, la elegancia de tus manos...

—¡Me estás haciendo el inventario?

—¡Por qué no te quitas la careta, seductora?

—¡Ay, hijo!... La fe mueve las montañas.

—¡La fe!... Hace tiempo que la he perdido. Solamente habría una manera de recobrarla...

—¿...?

—Si me repitieras todo eso en el «restaurant»...



Biblioteca Regional de **Musique** que observan:

—Cada año está por esto. Nunca

he visto tan espantosa exhibición de vulgaridad y mal gusto.

—¡Pchs!... La falta de dinero, que hasta á las máscaras alcanza.

—No lo creas. Más que falta de «metálico», es ausencia de gracia, de ingenio. Para tener buen gusto no precisa el dinero. Una mujer cursi vestida de seda y pedrería, siempre será una facha; pero da cuatro trapos á una mujer «chic», y verás que los combina de tal manera que parecerá una reina.

—Quizá no te falte razón.

—Mira en torno nuestro: el eterno «Pierrot», el eterno «bebé», y las «chulas», las «majas», las «charras» las «pasiegas» de siempre...

—¡Corramos un velo!

—Sí; y vamos al «ambigú» á tomar una friolera.

✻

*Uno y una:*

—¡Y tú marido?

—¡El muy sinvergüenza!... Mirale allí convenciendo á una «cantinera».

✻

*El marido y la cantinera:*

—Pero ¡y tú mujer?

—En casita, durmiendo como una santa.

✻

*Dos filósofos:*

—¡Qué cosa más estúpida son los bailes de máscara!

—Entonces, ¿por qué subsisten? ¿Por qué se conservan?

—¡Qué quieres!... En la vida, unos van hacia delante, mientras otros se retiran discretamente por el foro. Tú y yo pertenecemos á los que hacen ese obligado mutis. Pero hay otros deseosos de vivir, de gozar, de saber... y esa es la inmensa mayoría de los que componen el público de los bailes de Carnaval.

—Oye: y cuando esos se enteren de lo que son tales bailes...

—Harán lo que nosotros: filosofar en un rincón... y dejar hueco á los que llegan deseosos de «ver qué pasa».

—Es decir, que estamos en un círculo vicioso permanente, inmutable, eterno...

—¡La vida, amigo mío, Biblioteca Regional de Madrid LUIS SANZ FERRER.

Siempre renovándose y siempre, en el fondo, la misma cosa.

VICENTE VEGA.

DEL CARNAVAL

TUM



—¿Verdad, Pierrot, que no nos conocerán por la cara?

—No; pero os conocerán por el cuerpo.

Cantares baturros

A estudiar la caretera ha venido un «ingeniero». Hace un estudio «mu majo»: casi todo, de faldeo.

Tengo una perrica en casa que tiene por nombre «Fiel». Siempre que yo grito ¡perra!... me contesta mi mujer.

Picó una abeja en tu boca creyendo que una flor era, y, zumbando de alegría, se fué con la miel ya hecha.

Si las paredes oyeran, baturrica de mi alma, ¡qué alegría «pa» tu madre!... que es sorda como una tapia.

Al revés que las balanzas has de elegir la mujer: que no por ser muy sensible, suele resultar más fiel.

## ENTRE DOS HONORES

**L**a noche se les venía encima, y faltaban todavía algunas leguas para llegar al Castillo. Era preciso pernoctar en la posada de Hontoria, pues la carretera, cubierta de nieve, y el cansancio de una larga caminata, les predisponían muy poco á pasarse todavía media noche entumeciendo sus miembros, ya insensibilizados por el frío, en la forzosa inmovilidad del paso, cada vez más lento, de los potros que cabalgaban. Y el bizarro capitán, que regresaba á sus lares enaltecido por la gloria de una victoriosa campaña, ordenó á los siete criados que le precedían se apearan de sus caballos frente al mesón, y á él llamaron pidiendo albergue para pasar la noche. Las puertas del humilde caserón se abrieron para dar paso á aquellos bravos, y en su dintel un anciano de rostro bondadoso y luengas guedejas, blancas como la nieve, inclinó su cabeza respetuosamente hacia la tierra, saludando á los recién llegados.

A la pregunta de uno de los criados, contestó el viejecillo con voz temblona:

—Frugal yantar y mísero refugio se-

rán los que pueda ofrecer á tan cumplidos caballeros este humilde mesón; pero descuiden sus mercedes que para ellos escogeré lo mejor que haya que comer y las mantas de más abrigo que guardo en el arca. Buena lumbre habrá también que reanime sus cuerpos ateridos y les reconforte para continuar mañana su camino.

Los caballos fueron desensillados y conducidos al pesebre. Y en unos minutos, el caduco matrimonio que habitaba el mesón dispuso para todos una modesta comida, compuesta de legumbres, huevos y embutidos caseros.

—Otra cosa no habrá, pero mejor vino que el que dan nuestras cepas, es seguro que no lo hallaran los caballeros en veinte leguas á la redonda—dijo el anciano, colocando en la mesa dos sendas jarras de barro llenas de mosto.

Aquel hombre tenía un extraño atractivo en su figura. En su rostro venerable, el dolor había dejado huellas indelebles, que no habían conseguido borrar, sin embargo, los rasgos varoniles de una entereza poco común. Sus ojos negros, de mirada profunda y serena, tenían destellos intensos de vida todavía. Seguramente, en sus tiempos habría sido un esforzado soldado del rey, peleando contra las hordas in-

vasoras que amenazaron al país en la campaña anterior. Terminada la cena, el capitán, que se había intrigado por el viejecillo, le rogó que se sentara entre ellos y les relatará algún episodio guerrero de su época. La velada les sería así más entretenida y menos incómoda. Sin embargo, el posadero les refirió incidentes sin interés alguno y harto conocidos ya de quien, como el capitán, tuvo por único lema en su vida el amor á las armas, á su rey y á su esposa. Algo se reservaba el tunante que no quería dejar entrever á sus huéspedes, pero que la expresión de su rostro disimulaba torpemente. El insistente interés que ponía en averiguar quiénes eran los «grandes señores» que cobijaba en su casa, impacientaba cada vez más al

## LAS BANDOLERAS



—Me ha dicho Torcuato que le espere aquí para dar un golpe de mano; pero no me

militar, que no quería descubrir el incógnito con que viajaba hasta llegar á la Corte, donde el rey le esperaba para condecorarle honrosamente por sus brillantes hazañas. El nombre de un duque, que dió como suyo, no convenció al posadero, que seguía retraído y recelando. Y con objeto de ver si con el vino conseguía que se expansiionara, el capitán llenaba repetidamente el vaso del anciano, fingiendo acompañarle en sus excesivas libaciones. Los criados, rendidos por la fatiga y poco interesados en los relatos del viejo, se habían adormecido lentamente. También la mesonera hacía rato que descansaba en su habitación. Los vapores del vino empezaban á trastornar la cabeza del anciano. Y cuando sus ojos, inyectados en sangre, chispearon irritados por el alcohol, enturbiándole la vista, correspondiendo á las preguntas del capitán, acercóse á él cauteloso, y con voz grave y misteriosa, le dijo casi al oído:

—Ya que os empeñáis en saber más... Yo no sé si me habréis mentido y seréis ó no el duque que decís; pero sabed que yo no puedo hablaros de epopeyas brillantes del ejército monárquico porque soy su enemigo. Hace unos treinta años fui temido en el país como á uno de sus más peligrosos republicanos. ¡Peligrosos porque aspirábamos á la salvación de nuestra patria!

Y luego, como arrepintiéndose de lo que había exclamado, añadió interrogante:

—¿Vos?...

El capitán, interesado grandemente en lo que el viejo decía, y dominando el noble desprecio que sentía por los enemigos de su rey, le interrumpió para inspirarle confianza:

—¿Yo?... Ignoráis acaso que entre los ascendientes del duque de Frontana ha habido los más abnegados defensores de la República?

—¡Ah! ¡Ja, ja!—siguió el viejo con satisfacción—. Dispensad, señor... Y si sois de los nuestros, permitid que bese vuestra mano con toda mi admiración y respeto.

Y ya sin recelo alguno, después de besar una mano al capitán, continuó con creciente entusiasmo y voz cada vez más torpe:

—¡Ah, señor! Yo podría contaros que en el levantamiento de

frente de los naturales del país fieles á nuestra causa, nos faltó únicamente otra hora de lucha para destronar al

## EQUILIBRIOS



—Hija mía, á este paso, vamos á levantar todo lo que se nos ponga por delante.

monarca y proclamar la República. ¡Qué movimiento más heroico y sublime! ¡Y cuántos héroes sucumbieron ignorados en aquellas sangrientas jornadas! Mirad, señor, mirad...—decía frenético el viejo, descubriendo una cicatriz que conservaba en el pecho—. Este es el recuerdo imborrable que con orgullo conservo de nuestro más encarnizado encuentro con las tropas reales... No llevaba la bala mal camino: un poco más abajo nada más, y

Después de una ligera pausa, continuó con tristeza:

—Después, la derrota, honrosa, pero derrota al fin, que diezmó nuestras fuerzas y nos obligó á renunciar a la lucha por nuestro ideal. Y á esperar nuevamente otra ocasión para emprender un nuevo esfuerzo; esperar como fieras perseguidas y acorraladas, viendo pasar años y años sin que la nueva generación republicana renovase las glorias de nuestra época. ¡Si supiera vuestra merced lo que he sufrido viendo que mis cabellos encanecían y mi cuerpo se inclinaba á la tierra sin que volviera á oírse jamás el anhelado grito que nos lanzase de nuevo a la lucha!

Hizo el mesonero una transición, y continuó:

—El monarca actual es también indigno de la Corona. De las iniquidades que comete, yo podría referiros alguna. El rey, vicioso empedernido, es quien menos se ocupa de la prosperidad de su patria. ¡Y mientras sus caudillos le defienden á costa de sus vidas el territorio invadido y lo recuperan palmo á palmo, él ha llegado hasta la infamia de mancillarles su honra!

La gravedad de aquellas frases es-

tremeció el capitán, que, acercándose más al viejo, le interrogó ansioso:

—Sigue, sigue... ¿Qué sabes? ¿Qué hace el rey?

—El rey—continuó ya completamente ebrio el viejo—ha llevado el deshonor á la morada de sus propios defensores. Aventuras conozco yo que da repugnancia referirlas. Seguramente, vuestra merced no ignora que el capitán Ferrando es uno de los oficiales que más se han distinguido en la actual campaña, y que, por ello, á su regreso, será condecorado espléndidamente por el rey...

—Sí, sí—decía con angustia el capitán al oír aquel nombre—. Continúa...

—Pues bien—seguía el anciano con misterio—: mientras el capitán está conquistando laureles para su patria y su rey, éste le deshonra villanamente en su ausencia, conquistando los favores de su esposa.

El capitán estaba lívido. Quería hablar, y la lengua se le anudaba en la boca. Después de tartamudear temblonamente algunas sílabas, pudo articular, sujetando febrilmente al viejo por un brazo:

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Quién te ha contado esto? ¿Cómo, cómo probarías tamaña acusación si te obligaran?...

## SOLILOQUIOS



—Mi amiga Pilar se queja de que está embrujada en casa porque todas las noches se despiertan ella y su marido tres ó cuatro veces. ¿Qué á gusto cambiaría con ella de casa? Aunque, tal vez, no sea la casa lo que es preciso cambiar...

—¡Ah, señor!—exclamó el preguntado—. Si se tratara de una noticia del vulgo, no sería yo quien contribuyese á propagarla. Se habla mucho y se miente más. Pero lo que os cuento lo vi yo, yo mismo, y he sido el único testigo... Fué una noche, al regreso de la ciudad, adonde fui para procurar á mi hija enferma unos medicamentos. Y allí me habian llamado urgentemente porque la infeliz estaba agonizando. Á altas horas de la noche pasé junto al castillo del capitán Ferrando. Furtivamente, por una puerta secreta, y embozado en su capa hasta los ojos, salía el rey de aquella morada. Astuto, esquivaba el bulto y se ocultaba; pero no pudo escapar impune á mi sagacidad. ¡La penetrante y misteriosa mirada de sus ojos verdes y su cojera, que parece una maldición, le delatarian en todas partes donde yo estuviese! ¡Ja, ja! En otras noches comprobé la repetición de aquellas criminales visitas del monarca, llevando el deshonor á su más fiel y heroico militar.

Después de una breve pausa, siguió el viejo con exaltación:

—¡Sí, sí: yo lo he visto varias veces, lo he visto, y si me obligaran, lo repetiría delante de todo el mundo, porque lo que vieron mis ojos jamás ha sido desmentido por mis labios!...

Luego, siguió hablando, hablando, cada vez más torpemente, y descubrió las ideas que había tenido de asesinar al monarca en una de aquellas noches que favorecían su impunidad, y dijo que aún se sentía con arrestos para libertar al país de aquel yugo monárquico que lo ahogaba, y habló de muchas cosas más que el capitán ya no oía, porque, internándose dentro de sí mismo, permanecía con la cabeza apoyada entre las manos y los ojos cerrados, sosteniendo en silencio una lucha violenta entre sus sentimientos y su dignidad. El viejo, cuando se cansó de charlar, reclinó su cabeza sobre la mesa, y quedóse profundamente dormido. El capitán sintió un frío glacial que le estremecía, haciéndole rechinar los dientes. Se levantó de la silla y se acercó á la lumbre, cuyos leños carbonizados ya no daban calor... Luego, volvió nuevamente cerca del viejo para convencerse de que dormía... Y sigilosamente fué llamando uno á uno á sus criados. Biblioteca Regional de Madrid

Había amanecido ya cuando la posadera despertó en su lecho, y vio con sobresalto que su marido no estaba en la cama. En la casa reinaba el

### LO QUE ELAS QUIEREN



—¿Cuánto te ha costado ese sombrero, Adela?

—¡Pésé!... Nada... ¡Una porquería!...

más profundo silencio. Vistióse la vieja apresuradamente, y con extrañeza comprobó que las habitaciones que habían destinado á los forasteros estaban abiertas, y las ropas de las camas, intactas. Bajó á la planta baja, donde habían comido, y tampoco había nadie. Las sillas estaban en desorden alrededor de la mesa... De pronto, un violento grito de horror se escapó de la garganta de la vieja... Al pie de la mesa, tendido sobre un charco de sangre, estaba rígido el cuerpo del posadero, con el corazón partido de una certera puñalada...

## CULINARIAS

TUNU.



—¿Cómo cree usted que las debo poner?  
—¡Caramba!... ¡En vinagret!

La corte en pleno se había reunido en Palacio para recibir fastuosamente al capitán Ferrando. Después de la recepción, celebrada con gran solemnidad, el rey impuso por su propia mano al heroico capitán las tres condecoraciones más elevadas que podían otorgarse por méritos de guerra á un oficial del Ejército.

Terminado el acto, quiso el monarca oír de los propios labios del capitán el relato de los hechos más brillantes ocurridos en la campaña. A tal objeto, pasaron ambos al despacho particular del rey, que mostrábase extremadamente afable con el joven militar. Este, evadiendo la narración que se le pedía, encauzó la conversación por otros derroteros, diciendo humildemente:

—Majestad: poco podría decirlos que no sepáis de los incidentes de la lucha. Cruenta fué para el enemigo la lección que vuestras tropas le han dado. Por ello, si satisfecho me hallo al verme favorecido con vuestras mercedes, es porque en ellas, más que el premio al humilde oficial, veo la justicia que sabéis hacer á vuestro ejército, incluyendo desde el jefe superior

al último soldado, ya que ninguno de ellos vaciló en los momentos de peligro para derramar su sangre en defensa de su patria y de su rey. Por esto, dejé que sobre mi pecho colocara ante vuestra corte las insignias que mereció vuestro ejército, ya que para mí no tenéis condecoración adecuada.

Luego, impasible, firme, mirando al rey cara á cara, aunque en actitud digna y respetuosa, siguió:

—El capitán Ferrando desprecia recompensas que denigran. Si no fuereis rey, cruzaría vuestro pecho de una estocada; pero quien se deshonró asesinando al posadero de Hontoria, porque era vuestro enemigo, no puede honrarse matando al rey frente á frente. Mi dignidad militar sería el precio de mi dignidad de esposo. ¡¡Guardaos, majestad, estos honores, porque, con ser muy grandes, no podríais restituirme con ellos la honra que me habéis robado!!

Y diciendo esto, con arrogante desprecio, arrojó violentamente á los pies del monarca las condecoraciones, que se había arrancado del pecho.

El rey, pálido, desencajado, sintiéndose humillado en su jerarquía por la actitud del bravo capitán, llamó nervioso á la guardia, y, con la cruel altivez de quien en unas frases pone toda la autoridad de su absolutismo, ordenó:

—¡Pronto! ¡Prended al asesino del posadero de Hontoria!

ADOLFO LLUCH.

## PROPOSICIONES



—Eh no, Marujilla: tratemos. Yo, este mes, por lo pronto te visto, y, después, Dios dirá.  
—No, no: que, después, si «t'e visto» no me



## LA QUE TUVO MIEDO DE SER BUENA

CUANDO todos los camaradas se fueron, mi amigo y yo quedamos solos entre las pirámides de libros, apilados como cuadradillos de azúcar. En la noche—noche invernal de lluvia—sonaron gangosas y tristes once campanadas, y, tras un largo silencio, mi amigo me habló: «¿Quieres acompañarme mañana al departamento anatómico para presenciar la autopsia de una muchacha que fué en vida de las más bonitas y graciosas del barrio del Sol?» Y á renglón seguido, en dos trazos enérgicos, contóme la historia de la joven muerta. La historia vulgar de una muchacha honesta, hija de honrados y miseros trabajadores, y como de casta de siervos, sierva también, que veía marchitarse su juventud entre los hoscos paredones de una fábrica, y que una noche invernal, plena de aromas enervantes, habiase entregado al novio para desquitarse entre sus brazos de los rudos y fatigosos trabajos del día. Luego, las consecuencias de este desquite, y, á poco, la desaparición del prometido.

Y esta muchacha, criada en un ámbito de cobardía é indignidad, tiene miedo de ser buena, y en vez de aguardar serenamente los acontecimientos, los anticipa, con tan mala fortuna, que fallece media hora después de ingresar en el hospital.

Lo más bello, lo más humano, lo que hubiera redimido á esta muchacha de su primer pecado, tan disculpable á su edad, sería el haber esperado al hijo, que temblaba en su seno, y, con él entre sus brazos, desafiar á las gentes «honradas» que la despreciarían.

Y despreciarlas.

Pero no quiso ser madre; es decir, tuvo miedo de ser buena, y sólo intentó seguir pareciéndolo. Y se equivocó. Porque quedó—tras una muerte dolorosa—con el estigma de haber matado á su hijo, grabado en la pálida frente. Y los que viva y madre la hubieran despreciado, así la despreciaban más.

La historia no podía ser más vulgar, y aunque carecía á mis ojos de encanto y, sobre todo, de novedad, sentí un morboso deseo de conocer á la protagonista de este pequeño drama. Y accedí.



En la mañana fría, glacial, las nubes ventrudas y algodinosas bogaban por el cielo, como anchos navíos corintios, rozando la tierra, al parecer, con sus monstruosas panzas de un indefinible color lácteo.

La verja del departamento cerróse tras nosotros, y penetramos en la sala

## DE OTRA ÉPOCA



—Sabréis que ese vizconde que os hace el amor tiene novia; pero la tiene fuera.

—Fué en la Biblioteca Regional de Madrid.

de disección, rectangular y clara, que tenía el desolador aspecto de un comedor de hospital ó de hospicio, con sus simétricos ventanales y sus mesas de mármol salpicadas de sangre y cubiertas de moscas. Miramos hacia el fondo, y vimos en la habitación contigua un cadáver desnudo, con las palmas de las manos y los muslos abiertos. Nos acercamos. Era un hombre. Cuando lo contemplábamos, pasó junto á nosotros un empleado empujando un

tanal. Yo pensé en el novio. ¿Quién sería?

Luego, le abrieron el vientre—¡oh, qué instante!—, y cerré los ojos, y volví á pensar en él. El ruido del serrucho me estremeció, y volví la espalda, y me tapé los ojos. Cuando miré de nuevo, vi que el de la sierra se sonreía... Me avergoncé, y para demostrarle mi valor, quedé un largo rato contemplando el vientre abierto. Un rayo de Sol caía dentro de él jubilosamente.

De nuevo pensé en el novio, y sentí un vivo deseo de buscarlo y ponerlo ante el cadáver de la que, una noche primaveral, cayó, ebria de amor, entre sus brazos: de la que no quiso ser madre, de la que tuvo miedo de ser buena.

Mi amigo, el doctor, después de rellenar la papeleta y examinar por segunda vez el corazón, lo echó en una mesa. Las moscas cayeron sobre él.

Chirrió la cancela y salimos del depósito. Hacía una mañana fría; pero el cielo era azul, y el sol era amable. En nuestro camino, de vuelta al centro de la ciudad, encontramos una «deshabilleuse» con su hijita de la mano. Una niña rubia, preciosa. Aquella «desgraciada» parecía feliz, y seguramente lo era, porque no temió al «qué dirán», y quiso mejor parecer mala que serlo. La otra se sacrificó á la opinión pública, ó, mejor dicho, á la opinión de las gentes honradas. Y erró. Porque, después de todo, la opinión de la gente honrada es una pequeña parte de la opinión pública.

GABRIEL MONREAL.



## LA ESPADA

¡Muy fiel de una  
amistad de soldado!  
Por tu hoja oportuna,  
de acero bien templado,  
á la luz de la Luna,  
pasa el sueño encantado  
de la española tuna  
como un cuento dorado.

Cual dor Juan, has tenido  
el valor atrevido  
de tu fuero insolente;  
¡tu viejo acero siente  
el esparmo valiente  
del honor ofendido!...

ANDRÉS VILLEGAS ESTRADA.

### INDECISION



—¿Y cuándo le voy yo sola «con todo esto»?

volquete, en el que iba una mujer, á juzgar por el vestido. Era la muchacha.

La tendieron sobre la mesa; la fueron desnudando, y cuando su pálido cuerpo se mostró en toda su macabra desnudez, le serraron la frente, le cortaron los senos y, abriéndole el pecho, le sacaron el corazón. Mi amigo lo cogió en la mano, y miró á la muerta, que tenía los ojos abiertos. El Sol, desgarrando las nubes, entró

## PANORAMA MADRILEÑO

HACIA LA BOMBILLA

**D**ía de sol; tarde primaveral. El tranvía se desliza calle de San Vicente abajo, haciendo sonar estrepitosamente el timbre. Lleva una velocidad estupenda, sólo comparable á la de los automóviles, poderosos y atropelladores. Va completo el carruaje. Las tardes domingueras, la gente joven asalta todos los tranvías que van camino de la Bombilla, ese sitio pintoresco, lleno de atractivos y de encantos, donde todos los estudiantes y todos los horteras han sentido el influjo del amor ante los ojos de una modistilla pizpireta ó de una cocinera de opulentas y macizas carnes, y han saboreado las dulzuras de una aventura picaresca, que empezó á los mareantes compases de un «schotis» y terminó en un gabinetito chiquitín y oloroso como un nido.

En la plataforma posterior del tranvía, donde nos estrujamos veinte personas, á pesar de la caricaturesca pro-



—¿Por qué lloras, Magda? ¿Porque te ha dejado Fidel?

—Al contrario: porque me ha cogido...

## COSAS DE LA EDAD



—Pues, sí, señora: es cierto que me llaman pollo viejo; pero, al lado de usted, puede decirse que estoy mamando...

hibición que reza el cartelito «Dose viajeros y un guardia», iba junto á mí una mocica de veinte añicos, con dos ojos atortolantes y unos desniveles tan opulentos y bien modelados, que bien se merecía un primer premio en un concurso de estatuaría. ¡Qué de extrañío tenía que, aun no siendo mi temperamento tenorioesco y mujerial, se despertasen en mí los instintos de la carne, ese glorioso enemigo del alma? ¡Oh! ¡Con qué entusiasmo abrazaría á aquella mujer y la estrecharía fuertemente contra mi pecho, para sentir muy cerquita de mí, en mis mismas carnes incendiadas de deseo, las cuvas adorables y seductoras! ¡Oh, amor libre, verdadero amor! ¡Si tú existieses, los ojos de esta mujer mirarían al cielo y se encontrarían á los míos!

El tranvía corría, corría como un desbocado. De repente, el conductor vió un obstáculo inesperado que se oponía á la marcha del carruaje. Puso rápidamente freno para evitar una catástrofe segura. El coche se detuvo en seco; y, al brusco golpetazo, la muchacha se tambaleó como ebria, y vino

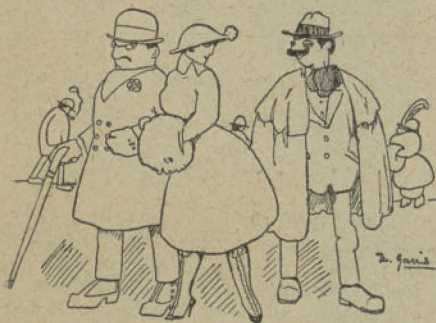
á caer sobre mí. Su carita, suave y aterciopelada, con una suavidad de gatita mimosa, se acercó unos instantes á la mía. Pude haberla besado. Abrí los brazos, y, para sostenerla, la abracé.

Luego, un «Usted perdone» mutuo. Y mi cordial mirada de agradecimiento hacia el hombre del freno, que supo detener á tiempo la marcha, y, evitando un choque doloroso, produjo un contacto de placer. ¡Gracias, conductor!

### ¿POR QUÉ ME HUYE NINA?

Nina es una tobillera que me trae revueltos los cinco sentidos y que me hace olvidar en un rincón de mi cuar-

### DEL TODO



- ¡Pero tu esposo es sordo ó mudo!
- Y ciego. ¿No lo ves?
- Entonces, ¿para qué lleva lentes?
- ¡Para... cuando va solo.

tito de estudiante los áridos libros de Química y Matemáticas. Nina me sonríe siempre que me ve, contesta cariñosamente á mis requiebros y palabras de amor, me mira con un apasionamiento y una zalamería encantadora. Pero Nina me huye siempre, siempre... La razón de su extraño proceder la he sabido hace unos días. Supe por ella misma la agradable confesión. Al hablar, sus labios adorables, color de guinda en sazón, se movían con un encanto irresistible. Sus palabras tenían la suprema ingenuidad de los niños y de los abuelos, que, según la vulgar afirmación, siempre dicen la verdad, aunque yo sé de muchas niñas que,

fingiendo una dulce ingenuidad, me menten descaradamente.

—Voy á decirte por qué te huyo. Verás. Me da un poquitín de vergüenza. Las mujeres tenemos predilección por uno de nuestros innumerables encantos. Yo profeso una idolátrica admiración por mis pantorrillas, que creo modeladas á toda arte. Creo sinceramente que mi mejor instrumento de seducción está en ellas. Por eso te huyo; porque quiero atraerte con el irresistible encanto de mis torneados tobillos. ¡Y estando muy cerca los dos, es tan difícil que puedas ver otra cosa que mi cara, todo lo bonita y seductora que tú quieras, pero, al fin, igual que las de la mayoría de las mujeres! Mientras que, huyendo delante de ti, como una temerosa tortolilla, al revuelo de mis faldas recortadas, faldas de bebé revoltosa, tus ojos pueden recrearse en la contemplación del encanto de mis encantos y caer en la red tentadora. ¡He dicho!

Me incliné reverentemente ante la gentil muchachita, y miré sus zapatitos charolados. ¡Sólo sus zapatitos! ¡Estábamos tan cerca!

Ella comprendió, y sonriéndome, preguntó zalamera:

—¿Huyo?

Y yo no dudé:

—¡Sí!

FERNANDO G. RUIZ.



## Silueta impúdica

¡Salve, sultana, rosa del pecado de la libre pasión, mágico emblema; «triunfar mirando», como justo lema, en tus ojos de abismo, está grabado!

¡Salve, tú, la galante aventurera que, en alas del placer, cruzas la vida y haces mofa del alma dolorida que, sedienta de amor, se desespera...

Tu belleza concibo, y tu osadía, como lindo conjunto de ideales, forjados por el Arte y la Poesía...

Y admírote en las locas bacanales, hastiada de placer y de alegría, triunfar sobre los míseros mortales...

JESÚS BANZO BLASCO.

## ¡Pasó Carnaval!

ENVUELTA en una nube de «confetti» y serpentinas de vivisimos colores, como en una magnífica apoteosis de alegría, pasó la loca farándula de Carnaval con su brillante cortejo de pecados.

¡Ah, el pecado!... El pecado es diabólico y es divino; el pecado es la conjunción del Cielo y del Infierno; el pecado es lo que nos cerró el Paraíso; pero es lo que, en los tiempos naganos, hacía de los hombres semidioses.

Cuando el pecado pone en nuestros labios sus labios quemantes, todo nuestro cuerpo arde como una gran llamarada, y nuestra alma crece y se agranda con un orgullo satánico.

Por esto, cuando algunos menguados dicen que la costumbre de celebrar el Carnaval se pierde, yo sonrío desdeñoso. Porque ellos creen que el Carnaval es sólo un pintoresco baile de trajes, y el Carnaval es la exaltación suprema del pecado. Y lo que sucede es que nuestra sociedad, más viciosa, pero menos hipócrita, que la de nuestros abuelos, para pecar se quita la careta.

Y esto lo sienten únicamente las feas y los poetas. A la muchedumbre anónima, lo único que le importa es emborracharse de vino y de lujuria. No hay hombre que, en estos días, no ansíe transformarse en sátiro, ni mujer que no sueñe en ser sorprendida, desnuda como una ninfa, y profanada...

Las feas lo sienten, naturalmente, porque, con el amparo del discreto antifaz, pueden jugar al amor y hasta enloquecernos como cualquiera para ellas envidiable hermosura. Yo recuerdo que, una vez, durante toda una noche de baile, llevé del brazo á una singular mujer que no quiso quitarse ni un momento la careta. Y mi alma fué feliz, presa del encanto de su charla, y mi cuerpo ardió de voluptuosidad bajo el fulgor de su mirada. ¡ni aun cuando la tuve entre mis brazos medio beoda de alegría y de champán, pude descubrir el anónimo inquietante de su rostro... Yo creo que aquella mujer que tan feliz me hizo era muy fea, una mujer que quizás me amaba mucho—ella así

raba—, y que no quiso descubrirse por preferir dejarme el agradable recuerdo de aquella agradable aventura, al amargor del desencanto. Y hay que convenir que si fuese así, era una mujer, á más de muy amable, muy inteligente.

Los poetas son también los que sienten que desaparezca el uso de la careta y el disfraz, porque los disfraces son una plástica evocación de otras épocas y de otros países, confundidos y desfigurados en una Babel caprichosa. Son una sinfonía de colores que rima muy bien—de una manera chillona, claro está—con las alegres músicas y con las carcajadas. Además, los antifaces prestan á las

### LOS ATRACADORES



—¡La bolsa ó la vida!

—Señor ladrón: de la bolsa, no puedo ofrecerle nada. Coja usted lo que quiera de la vida.

aventuras un tinte de misterio, de sutil y discreta poesía. ¡Qué inconveniente hay en soñar que el antifaz de nuestra compañera oculta un rostro capaz de todas las metáforas y dulces madrigales por ellos inventados?...

Y ahora, señoras y señores, permítidme que os incite á celebrar siempre magníficamente la carnal fiesta pagana: bebed de todos los vinos en todas las copas y bailad todas las danzas al son de todas las músicas.

GUANSE SALESAS.

# CUARESMA

Igual da que llueva, que salga el Sol, que el gobernador dimita ó no dimita. Cuando el rígido minutero del reloj de Gobernación señala las doce del Martes de Carnaval, Su Majestad el File te baja humildemente de su trono, y, altivo, orgulloso, como si fuera una ballena de las grandes, Su Majestad el Bacalao sube cetro en mano los regios escalones del trono ocupado por la Carne, dispuesto á hacer «sus veces» durante cuarenta interminables días.

¿Cómo, por qué, con qué objeto se instauró la Cuaresma?

## CHISTES PASADOS POR AGUA



— Se ha puesto tan cara la vida, que, ya, ni siendo mujer, puede una salir á la calle «sin un perro».

Yo — ingenuamente lo confieso —, guiado por el infalible «piensa mal y acertarás», siempre supuse que todo eso se debía á intrigas de los pescadores y expendedores de bacalao.

Pero este año, un venerable sacerdote amigo mío ha tenido la amabilidad de sacarme del error en que vivía. Ahora ya lo sé todo. La Cuaresma no es obra de los vendedores de pescado. Institución sagrada y completamente ajena á todo espíritu mercantil, la Cuaresma no es otra cosa que un con trapeseo, una expiación, un castigo que la Iglesia aplica á los hombres en el preciso momento en que éstos salen de los desafueros y extralimitaciones de las Carnestolendas.

Confieso que, por respeto al traje que vestía el capellán amigo que me daba esta explicación, no quise discutir y acalorarme; pero aquí, entre nosotros, debo decir que maldita la gracia que me hizo.

Y poco habré de esforzarme para evidenciar la razón de mi disgusto.

Si la Cuaresma es realmente un castigo, ¿por qué darla carácter colectivo? ¿A qué móvil de equidad obedece esta disposición general, que á todos nos fustiga con el mismo látigo?

Esto — y que dispense el clero mis heterodoxas palabras — es injusto á todas luces, lo que el vulgo llama «pagar justos por pecadores».

Santo y bueno que, en uso de sus soberanas facultades, sujetase la Iglesia á las inexorables leyes de la Cuaresma á los calaveras que han ido á los bailes de la Zarzuela, del Gran Teatro; á los que durante los tres días de algazara obligatoria han hecho el «indio» en el paseo de la Castellana; á los que se disfrazaron de «Pierrots», «bebés», gitanos ó cosas infinitamente peores; á los que el miércoles, con el único propósito de divertirse, tomaron la ceniza...

Pero ¿por qué esas draconianas leyes han de aplicarse igualmente á los morigerados, á los prudentes, á los enemigos del ruido y del escándalo?

La injusticia del procedimiento no puede ser más notoria.

Tú, que has hecho el pillín en Recoletos; que cada noche de baile has dormido en casa... ajena; que tienes la conciencia encenagada de pecados, que has salido del Carnaval hecho un guinapo... ¡ahí tienes la Cuaresma!

Y tú, ángel de bondad, que no has hecho nada; que todas las noches te retiraste á casa antes que cerrasen el portal; que no has ido al baile de LA HOJA, ni á los del Salón Olimpia; que llevando tu discreción hasta el último extremo no te has atrevido ni siquiera á ir al baile de un Círculo regional de los más honestos... ¡ahí tienes también la Cuaresma!

¿No subleva esto? ¿No inspira grito de rebeldía?

Por fortuna, pese al dogal con que tan injustamente nos oprime la Iglesia y sin que ella pueda evitarlo, la ab-

### DEL MATRIMONIO

TWO



E!—¿Por qué ha echado á correr ese hombre cuando me ha visto?

Ella.—Porque... «no te conoce».

tinencia de carne dista mucho de ser tan fielmente respetada como sus ministros se figuran.

Cierto que en la mesa no se pone ni una mala tajada, entre otras razones, por lo cara que actualmente cuesta; cierto que el ayuno es poco menos que general, tanto los viernes como el resto de los días...

Pero también es cierto que yo y otros que no «hemos hecho» Carnaval, al ver la tiranía que sobre nosotros ejerce el clero; al pensar que, limpios de toda culpa, hemos de sujetarnos á las leyes de la Cuaresma como el más despre-

mos, nos indignamos... y acabaremos por mordernos los puños.

Y nuestros puños—¡que conste!—son carne.

LEOPOLDO CASTROJERIZ



## El pasado (1)

*Para Aurora, recordando sus besos y sus ojos.*

¿Por qué tu boca me recuerda aquellos tiempos de placer?

¿Por qué me dicen tus miradas que ya jamás han de volver?

¿Por qué no curas mis pesares?  
¿Por qué no calmas mi dolor?  
¿Por qué no alegras á mi alma con el recuerdo de tu amor?

Y por la vida marchó solo,  
con el recuerdo del ayer,  
con la añoranza de tus besos,  
que ya jamás han de volver.

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA.

(1) Del libro «Tristeza», recientemente publicado.

**FOTO**grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sello; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, sellos ó giro postal.

**L. Leonard, sucesor**  
**Calle Padua, Barcelona.**

Agentes exclusivos en Suramérica,  
**MASIP Y COMPAÑÍA**  
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

**Viuda de José Lerín**  
encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL.

# PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN ZOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTÉ LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.**

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

## ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fc, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

- «Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).
- «Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).
- «Páginas de Amor» (un tomo de 110 páginas, con grabados).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOs Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

**Biblioteca privada.** — *Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.*

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — *On parle français.*

### LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

### ESTABLECIMIENTO

### TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —  
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid